

*MISERICORDIA,
Y NO
SACRIFICIO.*

Pr. Joaquín Yebra.

Londres, Nívosso, 2015.

*COMUNIDAD CRISTIANA "EBEN-EZER" DE
VALLECAS-VILLA*

Oseas 6:6: “Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos.”

He pasado seis días caminando por las calles de Londres, escuchando a sus gentes de mil orígenes distintos, visitando sus iglesias, sus mercados, sus parques.

Es algo que siento la necesidad de hacer al menos una vez al año, aunque el mes Nivoso no es el mejor para callejear.

En esta ocasión, llevaba tres años sin poder hacerlo, por lo que deambular por Londres me ha sabido a muy poco.

Sentado en algún café, a cubierto por la lluvia, o retirándome temprano a descansar por el frío y el viento, siempre escribo algunos pensamientos.

En este viaje he escrito las notas que a continuación comparto contigo, paciente lector.

J.Y.

Contenido

I	4
II.....	9
III	13
IV	17
V.....	20
VI	23
VII.....	26
VIII.....	29
IX.....	32
X.....	36
XI.....	41
XII.....	43
XIII	47
XIV.....	50
XV	58
XVI.....	61
XVII	66
XVIII	72
XIX.....	77
XX	81
XXI.....	83
XXII	88
XXIII.....	91
XXIV	96
XXV	99
XXVI.....	103
XXVII	109

I

Dios nos recibe en Jesucristo tal y como somos porque nos ama tal y como somos.

Pero el problema con que nos enfrentamos radica en que nosotros no nos recibimos a nosotros mismos de esa misma manera.

Dios no teme mirarnos y vernos como somos.

Sin embargo, nosotros frecuentemente pretendemos ser lo que no somos.

En realidad, no queremos saber quiénes somos.

Y ese es el principal obstáculo con que nos topamos para recibir a Dios en nuestras vidas.

Creemos equivocadamente que Dios nos recibe como nosotros pretendemos recibirnos a nosotros mismos.

Hacemos ídolos de Dios y también de nosotros mismos.

Creemos erróneamente que saber quiénes somos es una cuestión de misticismo, y esto nos pone nerviosos porque nos creemos muy superiores por haber nacido en esta época de la historia del mundo, alejados del misticismo y de la espiritualidad.

Creemos que el misticismo es propio de seres débiles e ignorantes.

Nos equivocamos al creer que el místico vive alejado de la realidad, perdido en una nube o aislado del mundo.

Pero la realidad es que el verdadero místico es el que vive el misterio de la vida en medio de la sociedad de la que forma parte.

Al místico nada le es ajeno de cuanto acontece en el mundo.

Pero no se queda en la superficie de las cosas, porque sabe que siempre hay algo más allá.

El místico sabe que siempre hay una historia detrás de toda historia.

Creemos falsamente que tenemos que ser otros para que Dios nos reciba.

Pero Dios a quien quiere recibir es a nosotros, en nuestra realidad, sea la que sea.

No podemos presentarnos ante Él con el rostro cubierto de maquillaje, ni pretender tener una faz diferente a la nuestra.

No podemos ocultarnos tras máscaras y caretas, como si fuéramos actores del teatro etrusco.

Tampoco podemos representar dos papeles al mismo tiempo.

Conocernos a nosotros mismos es una tarea formada por la experiencia, la aceptación, la honestidad y también la compasión.

Olvidamos la trascendencia de ser compasivos para con nosotros mismos.

Y si no somos compasivos con nosotros mismos, ¿cómo esperamos poder ser compasivos hacia los demás?

Se nos olvida con suma facilidad que cuando Dios creó en aquellos primeros días del relato de Génesis, se nos dice que miró y vio que todo era bueno.

Al llegar al sexto día, Dios crea al hombre - hombre varón y hombre mujer- y los bendice.

Y al llegar al séptimo día, Dios lo separa de manera evidente santificándolo.

Es la mirada de Dios la que convierte todas las cosas en buenas.

Nosotros también precisamos aprender a mirar como mira Dios.

De lo contrario no vamos a ser capaces de ver que la creación divina es buena.

Necesitamos aprender que, aunque nosotros somos criaturas temporales, que sólo Dios es inmortal, el Eterno nos mira y nos ve como si fuéramos las criaturas más bellas del universo.

Y esto es ciertísimo respecto a cada uno de nosotros.

Este conocimiento es el que genera la fuerza que nos conduce a la gratitud.

Y también es la fuerza que pone fin a nuestros complejos, heredados unos y autogestados otros.

Necesitamos agradecer a Dios por su manera de mirar y vernos.

Y hay urgencia en esto, por cuanto la gratitud es el corazón de una vida plena y de toda sanidad integral.

Sin gratitud, nuestras vidas carecen de significado.

Sin gratitud, nuestra existencia es sólo un vacío que busca llenarse de cosas.

Todo materialismo tiene por fundamento la ausencia de la gratitud en nuestros corazones.

Pero las cosas no nos pueden facilitar la alegría de vivir.

La gratitud es la fuerza que nos permite descubrir que todo el significado de la vida se reduce a la capacidad de sentir gratitud.

La gratitud es la medicina que necesitan nuestros corazones.

La gratitud es el curativo de la prescripción del Espíritu Santo.

En la praxis de la gratitud vamos a descubrir que gratitud y amor son inseparables compañeros del viaje de la vida.

Jamás pueden darse el uno sin el otro, ni el otro sin el uno.

El Gran Maestro, el Espíritu del Padre y del Hijo, siempre se encuentra en sesión lectiva, en sesión sanadora, y en sesión consoladora.

Sus puertas nunca jamás están cerradas a los hijos de los hombres.

Además, su manera de presentar las grandes lecciones es sanando y consolando.

II

Nuestro destino es conocer a Dios.

Él mismo nos ha diseñado de tal manera que podamos buscar, hallar y recibir a Dios.

Hemos nacido para despertar a la realidad divina.

Cuando asumimos esta realidad, hay muchas cosas despreciables de nuestra vida que salen de nosotros.

Salen avergonzadas por habernos hecho creer que nos eran necesarias e incluso imprescindibles.

Son las cosas que ahora comprendemos que ya no nos son precisas, porque nunca lo fueron.

Pero hemos vivido mucho tiempo bajo el dosel del engaño.

Nos engañaron haciéndonos creer que ya no seríamos capaces de vivir sin ellas.

Pero esa ha sido una de las grandes trampas con las que han tratado de manipularnos, adocenarnos y controlarnos.

Y en la inmensa mayoría de los casos lo han conseguido.

Pero si logramos que esas cosas salgan, haremos un grandioso descubrimiento para nuestra vida y para nuestras relaciones con los demás:

Después de su salida, comprobaremos que lo que nos queda es la respuesta que buscábamos y la razón por la que hemos nacido.

Así es como llegamos a ser verdaderamente autónomos.

Nos han hecho creer que nuestra voluntad y nosotros mismos éramos una misma cosa.

Ahora nos hemos topado con la gran paradoja de experimentar libertad al renunciar a lo que creíamos que era nuestra libre voluntad, pero ciertamente no lo era.

Al salir los apegos, comprobamos que nuestra voluntad era cualquier cosa excepto libre.

Con frecuencia nos desconocemos, confundidos con y por esos apegos.

Nuestra búsqueda de la libertad es infructuosa porque nos negamos a aceptar o desconocemos que lo que nuestra alma anhela es lo que Dios quiere para nosotros.

Así nos acercamos a la asunción de que Dios no es una autoridad despótica con quien los hombres guerrear desde antiguo, sino un Padre amoroso.

Entonces se produce ese despertamiento que nos convierte en auténticamente humanos, y si humanos, necesariamente hermanos.

Es también el momento en que nos percatamos y asumimos que no somos perfectos.

Eso significa que podemos reconocer que no somos quienes creíamos ser.

Ese puede ser otro de los descubrimientos más maravillosos de nuestra vida.

El gozo de la libertad es imposible antes de experimentar este descubrimiento.

El problema radica en que muchos no se atreven a dar un paso más al frente, porque sienten pavor ante este descubrimiento.

No es para menos, por cuanto sabemos o intuimos que se trata de una llamada a la desprogramación.

Querriamos comprar o fabricarnos un espejo semejante al de la madrastra de Blancanieves, para que nos mintiera diciéndonos que éramos los más hermosos.

Es más que natural que sintamos pavor ante la posibilidad de descubrir quienes somos realmente, pues representa renunciar a casi la totalidad de lo que nos han enseñado.

Y eso es lógico que nos produzca inseguridad y temor.

Pero sólo en nuestra liberación de dogmas vamos a poder ejercer la fe, por cuanto la fe no consiste en creer cosas, sino en fiarnos de Dios con todo nuestro corazón.

III

Ser imperfectos significa ser plenamente humanos.

“¡Qué buen cristiano sería este caballero si se sintiera menos perfecto!” decía con auténtico gracejo nuestra Teresa de Ávila.

Ser humanos significa que podemos actuar guiados por el cariño.

Así es como descubrimos que el cariño es la forma doméstica del amor.

No se trata del amor grandioso de las más altas esferas, de las grandes obras de la literatura universal, sino del amor humilde, sencillo, del caminar a ras del suelo, pero con el corazón bien alto.

Ser humano significa caer para levantarnos y seguir adelante.

Ser humano significa estar dispuestos a perdonarnos a nosotros mismos.

De lo contrario, no vamos a poder perdonar nunca a los demás.

Urge incluir esta definición de “ser humano” en el diccionario personal de nuestra alma.

De lo contrario no vamos a comprender muchas cosas, empezando por nosotros mismos.

Y cuando no nos comprendemos a nosotros mismos no podemos esperar ser capaces de comprender a los demás.

Los antiguos dijeron que "pecar es humano, pero perseverar en el pecado es diabólico".

Nosotros lo expresamos afirmando que "caer es humano, pero levantarse es divino".

La iluminación de nuestra mente no cesa porque seamos imperfectos.

Pero nuestra imperfección tampoco desaparece porque seamos iluminados.

¿Cuándo vamos a rendirnos a la evidencia de que Dios nos ama y quiere que nos acerquemos a Él?

¿Cuándo vamos a dejar de pensar en nuestra relación con Dios en términos comerciales y mercantilistas?

La relación con Dios no pasa por la perfección sino por el amor.

Quizá más preciso sería decir que pasa por la capacidad para amar.

Y amar sólo es posible cuando asumimos nuestra imperfección, pues de lo contrario no vamos a asumir la imperfección de los demás.

Y eso convierte nuestra existencia en un galimatías de problemas y dificultades que sofocan al alma y obstaculizan todo camino de convivencia pacífica.

Se trata del camino por el que muere el gozo y la alegría de vivir.

Pero el problema radica en que hemos confundido a nuestro "superego" con Dios.

Esa dialéctica nos ha hecho y sigue haciendo mucho daño, tanto en nuestro interior como en nuestras relaciones con los demás.

Urge que asumamos que no tenemos necesidad de ganarnos a Dios.

Dios no es el primer premio para el que más corre.

Dios no se deja seducir por nadie; Dios no puede ser burlado.

Urge asumir que no se trata de reconciliarnos con nuestro "superego" a base de alcanzar honorabilidad moral y prestigio ante los hombres.

Habiendo sido instruidos desde los primeros momentos de nuestra vida en la esclavitud del deseo y las relaciones condicionales con todo nuestro entorno, nos resulta muy difícil aceptar la gracia, el favor inmerecido, la gratuidad.

El amor incondicional devuelve al ser humano su humanidad perdida o deteriorada, o quizá minusvalorada, sin que esa humanidad tenga nada que ver con la autofijación en nosotros mismos, la cual no sería sino otra dependencia insana, otra pérdida de la libertad.

IV

Nuestro "superego" cree que sólo mediante el conocimiento y el éxito podemos entrar en la presencia de Dios.

Nos han hecho creer que tenemos que revestirnos de ropa de gala -comprada o alquilada- para poder presentarnos ante la Divina Majestad.

Para muchos, tristemente, el encuentro con nuestro Dios creen que ha de parecerse a una fiesta de disfraces en un carnaval espiritualizado.

Semejante idea grotesca en grado sumo nos repugna.

Y los sistemas religiosos se han encargado de hacer creer a muchos que el acceso a Dios sólo es posible para unos iniciados, que se han destacado y distanciado de sus hermanos menos dotados menos capaces.

Pero Dios no es un logro humano, como si fuera alcanzar el Polo Norte o escalar el Monte Everest, o llegar a pisar la superficie de la Luna o la de Marte.

Dios no es la cuadratura del círculo.

Díos no es el descubrimiento de las partículas subatómicas más diminutas.

Díos sólo es Díos, sólo Díos es Díos, y no hay Díos fuera de Díos, ni lo ha habido ni lo habrá, como nos dice el profeta.

Por eso es que "sólo Díos basta", nos decía Teresa Cepeda, la cristiana avulense de raíces hebreas, tan ignorada en muchos círculos cristianos de importación.

No son el conocimiento ni el éxito los caminos a Díos, sino sólo, única y exclusivamente la humildad.

¿Y cómo puede el humilde allegarse a Díos?

Basta con abrir nuestro corazón a nosotros mismos para hallar la montaña de Díos dentro de nuestra alma.

Allí se encuentran Sinái, los montes de la transfiguración y de las bienaventuranzas, el Calvario y la colina de Betania, desde la que Jesús asciende a la gloria del Padre, de donde había venido.

Ese es el Polo que hemos de alcanzar, el Everest que hemos de escalar, el Universo que hemos de explorar.

Es menester huir de los expertos adormecedores de la religión organizada e institucionalizada.

La compañía que nos conviene es la de aquellos que nos ayudan a pensar, a ser nosotros mismos.

Son quienes nos van a ayudar a recuperar la capacidad de tratarnos como personas, y no como cosas, como objetos que se buscan, se usan y se tiran después de habernos aprovechado de su servicio.

Son quienes nos ayudan a percatarnos de que somos perfectamente capaces de despertar de nuestro habitual y nefasto sueño espiritual.

Son quienes nos ayudan a despertar para que nosotros también ayudemos a despertar a otros compañeros del viaje de la vida.

Son quienes nos ayudan a asumir que ni nuestros fracasos ni nuestra ceguera son impedimentos para estar con Dios.

Son quienes nos brindan su amistad imperfecta, su amor insuficiente, su cariño fisurado, sus debilidades y vulnerabilidades, en definitiva, su humanidad.

V

El Universo ha sido diseñado para que nosotros lo contemplemos.

Por eso se nos dice en las Sagradas Escrituras que “los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos.”

Olvidamos dar gracias a Dios por permitirnos contemplar una parcela, por pequeña que sea, de este Universo y de todos los posibles.

Pero para lograr contemplar esta realidad, hemos de partir por reconocer que formamos parte de ese mismo Universo que podemos contemplar, aunque sólo sea una parte minúscula, a nuestro tamaño.

Por eso es que desde la orilla, todos los mares nos parecen igualmente inmensos, sea el humilde Mediterráneo o el enorme Pacífico.

Como humanos formamos parte de ese Universo que se contempla a sí mismo.

Cuando asumimos que la Tierra es redonda para que nadie pueda pretender que su rincón es mejor que los rincones de los demás, sentimos un inmenso alivio.

Y nos sentimos muy aliviados al saber que no tenemos ningún territorio que defender.

Es cuando nos volvemos conscientes de que no hay fronteras de parte de Dios.

Somos los humanos quienes las hemos levantado con los materiales del miedo y el orgullo.

Es entonces cuando Dios sopla en nuestro interior llenándolo todo, y nosotros comprendemos que Él ocupa el lugar que siempre ocupó, sólo que no tuvimos el valor de buscarle o de dejarnos hallar por Él.

Comenzamos a comprender que hemos sido creados para volver a Dios.

Empezamos a contemplar la vida como un camino de regreso, de vuelta a la casa de nuestro Padre.

Y podemos volver a nuestro origen porque ese origen nunca ha estado separado de nosotros.

Por eso podemos buscar a Dios, porque Él nos ha diseñado para esa búsqueda.

Y esa búsqueda es un debate dialéctico con nosotros mismos.

Es como si en el fondo de nuestro corazón comprendiéramos, aunque quizá no lo confesemos por no atrevernos, o no sepamos

ponerlo en palabras, que Dios es nuestro origen y nuestro destino.

Es inmensa la fuente de sanidad integral que se desprende de esta asunción.

Y está abierta a todo aquel que sienta sed en el alma.

VI

El Dios que nos ve es el que se deja ver en nosotros.

Es el mismo que contemplan los árboles y los océanos y las estrellas.

Del mismo modo que el agua que bebemos es la que también bebieron un día los dinosaurios que poblaron esta tierra.

Es el mismo Dios que hizo las estrellas de donde nos llegó el oro con que está hecha mi alianza nupcial.

Es el mismo que también contempla a los demás y se hace contemplar por ellos.

Él en nosotros; nosotros en Él; Él en todos; y todos en Él.

“Porque en Él nos movemos y somos”, como dijeron algunos poetas, y Saulo de Tarso se lo recordó a los atenienses reunidos en el Areópago.

Por eso es que el anhelo y la promesa de Dios es que un día Él será todo en todos.

La sanidad divina penetra en el cuerpo a través de sus miembros.

Esa sanidad comprende el desaprendizaje, la desprogramación de los patrones de pensamiento que nos impiden abrir el corazón para estar en paz con nosotros mismos y con los demás.

Díos no puede ser aprendido ni enseñado desde afuera de nosotros mismos.

Nace en el corazón con el que hemos nacido.

No le busquemos en los libros, porque allí no está.

Los libros, comprendida la Biblia, sólo pueden ser señales en el camino que apuntan hacia una dirección.

Sólo pueden ser un testimonio, nunca un destino.

La vida de Díos es un misterio de amor, al igual que nuestra propia vida.

No deberíamos nunca olvidar que fuimos un pensamiento de Díos, y por eso somos quienes somos y estamos donde estamos.

Urge decidir rendir nuestro ser ante lo que Díos nos otorga, como el maná que el Señor proveyó a aquellos israelitas en el desierto.

No debería extrañarnos que lo llamaran "ma'ná", expresión hebrea que significa "¿qué es eso?"

Por cuanto lo que Dios provee siempre nos sorprende.

Y la porción ha de ser para cada día y conforme al hambre de cada uno.

Pero somos humanos, y no seres idílicos, por lo que tendemos a acumular por nuestra falta de fe en que el Señor proveerá mañana, como ha provisto hoy.

Entonces Dios procede a pudrir lo acumulado para que aprendamos a confiar, a esperar, a recibir, a compartir.

La pedagogía divina nos asusta por ser sólo suya, por no darse en el mundo, por no tener parangón.

Por no asumir que somos humanos, frecuentemente nos perdemos en el camino.

Pero cuando asumimos la vida como es, en lugar de pretender una versión idealizada que nos ponen delante para apartarnos del camino, entonces recuperamos la visión de Dios y de nosotros mismos.

Es en el "aquí" y en el "ahora" donde vamos a hallar nuestra verdadera ubicación, nuestro auténtico ser, nuestra relación con Dios.

VII

Sí queremos recibir, nuestras manos han de estar vacías.

Los puños cerrados muestran ira agresiva, pero no sirven para recoger nada.

Por eso es que la ira del hombre no puede traer la justicia divina.

Es sobre nuestras rodillas como vamos a poder extender nuestras manos vacías.

Precisamos aprender a postrarnos, sea física o metafóricamente, para poder afirmar ante Dios que no tenemos ningún lugar donde ir, excepto el espacio que ocupan nuestras rodillas.

Recordemos que nuestro "ego" es un actor, que a veces representa una comedia, y a veces una tragedia, pero siempre se desenvuelve sobre un escenario.

Cuando nos percatamos de ello, podemos romper a reír.

La inmensa mayoría de las cosas y las causas solemnes que el mundo nos presenta se vuelven sátiras grotescas.

No tenemos por qué permanecer siempre sobre el escenario, representando papeles, y esperando que baje el telón para descansar, para ser nosotros mismos, libres de máscaras y caretas.

Esa libertad es el verdadero sentido del Shabbat, el reposo del arduo trabajo de vivir creando ilusiones, desempeñando papeles, desenvolviéndonos en "roles" impuestos y cansinos.

Urge aprender a recibir el Shabbat en nuestra alma para que ésta se allane, para ser más humanos, más conscientes de nuestra imperfección, sin complejos, sin ataduras, sin apegos esclavizantes.

No se trata de alcanzar algún estado trascendente.

No se trata de un misticismo adocenado que nos distancie de la realidad, sino del auténtico misticismo que nos permite trascender lo aparente.

No se trata de escoger un camino para huir de las dificultades de la vida, pues tratar de escapar de ella sería procurar huir de la propia vida.

Y semejante camino es indefectiblemente de muerte.

Cuando experimentamos la presencia de Dios en lo más hondo de nuestros corazones, su Universo -éste y todos los posibles- se vuelve sagrado, como la vida de los demás y la nuestra propia.

Por eso afirma el Talmud que "quien mata a un hombre, es como si hubiera matado a toda la humanidad; y quien salva la vida de un hombre, es como si hubiera salvado a la humanidad entera."

VIII

La presencia de Dios nos mueve necesariamente a la compasión.

Y la compasión escoge siempre sufrir antes que hacer sufrir a los demás.

La compasión nos lleva siempre a ponernos en los zapatos de los otros.

Y nos da la opción de substituirlos amorosamente.

La compasión nos conduce a las raíces de la opresión causante del sufrimiento.

Jesús de Nazaret, nuestro Señor y Maestro, nos ha dado la lección insuperable del arte de la compasión.

Su misión fue restaurar la compasión de Dios en el alma de los hombres, comenzando por los religiosos.

Por eso nos ha enseñado que no resistamos al mal recurriendo al mal.

Ahora bien, hay todo un mundo de distancia entre “no resistir” y “no resistir empleando la fuerza”.

Jesús nos ha ordenado a sus discípulos a resistir la violencia con la no-violencia.

Por eso nos ha pedido que realicemos nuestra resistencia poniendo la otra mejilla, dando nuestra capa al desnudo y caminando la segunda milla con quien se nos ordena que llevemos su carga una milla.

Eso implica una nueva concepción de la vida y sus valores.

Y eso nunca ha sido recogido en los catecismos ni en los credos ni en las confesiones de fe, tanto antiguas como modernas.

Esa conducta es la que nos convierte en pacificadores, en constructores de la paz.

Ese es el Shalom de Dios, herencia de Jesucristo.

Jesús ha dicho que los pacificadores serán llamados "hijos de Dios", sin ninguna relación con doctrinas expresadas en abstracciones que no comprometen, que sólo sirven para discutir sobre ellas sobre el papel mojado o muy cuarteado por viejo.

Ser pacificadores implica hallar caminos de resistencia a la violencia de la opresión.

Ser pacificadores implica no recurrir a las armas de los opresores, sino llevar amor y servicio a los lugares donde se produce el conflicto.

Y esos lugares de conflicto se encuentran primordialmente en los corazones de los hombres.

Se traducirán en guerras y derramamientos de sangre, pero su origen es el corazón humano.

Por eso Jesús nos ha enseñado que no es lo que entra en la boca del hombre lo que lo contamina, sino lo que sale de su corazón.

IX

Nadie queda fuera de la compasión de Dios.

La compasión de Dios es incondicional, porque Dios es incondicional.

Indiscriminadamente ama Dios a los hombres y mujeres de su mundo.

Y siguiendo los huellas de Jesús de Nazaret, se nos invita a hacer lo mismo.

Por eso es que la resistencia compasiva no es esplendorosa.

No participa de los brillos y fulgores del mundo y sus poderes.

La resistencia compasiva de Jesús el Cristo arriesga ser malentendida como cobardía, como misticismo trasnochado, como utopía, y como muchas otras acusaciones de parte de quienes creen que las fuerzas han de ser armadas, y el orden público ha de ser el establecido por ellos, el mayor de los desórdenes.

La resistencia compasiva arriesga sufrir la crítica de parte de quienes esperaríamos mayor comprensión, de quienes cabría esperar mayor apoyo.

Los pacificadores en el curso de la historia han sufrido persecución, encarcelamiento e incluso se les ha quitado violentamente la vida.

Y las cosas no han cambiado en absoluto en nuestros días.

Los pacificadores representaron siempre, y hasta el día de hoy, un peligro mayor que los ejércitos en orden de batalla.

No en vano el arma más poderosa contra toda forma de errores es la razón.

La fuerza y el poder del despotismo consisten totalmente en el miedo a la resistencia de la razón.

La razón se obedece a sí misma, pero la ignorancia se somete a todo cuanto se le dicte.

Quiénes persiguieron y desacreditaron a los pacificadores, los elevaron después al altar de la honra, la gloria y el honor.

Con frecuencia, sus mismos asesinos fueron quienes después los utilizaron para sus propios propósitos.

Después de muertos, dejaron de representar peligro alguno.

Uno de los mayores enemigos de la resistencia compasiva es la soledad.

Los pacificadores no suelen gozar de compañía.

Es peligroso compartir con ellos tiempo y estancia.

Sus herramientas son la justicia del Reino de Dios, la proclamación de la paz, de la fe de Cristo, de la salvación y de la espada del Espíritu Santo.

Sin esas herramientas, la construcción de la paz es un imposible.

O dicho de otra manera, esa paz será la que el mundo puede dar, pero no la de Cristo Jesús, su herencia.

El principio operativo de la resistencia compasiva es el amor a los enemigos.

La compasión de Dios es como las semillas que duermen bajo el suelo.

Sólo germinarán y brotarán si son regadas con lágrimas y perdón, con reconciliación amorosa y compasiva.

Las semillas durmientes de la compasión sólo pueden volver a la vida cuando dejamos de escucharnos a nosotros mismos, y decidimos escuchar a los demás.

Dios nos ha dado una sola boca, pero dos oídos.

Urge escuchar y hablar en la debida proporción y con paciencia.

También precisamos la disposición de ver el mundo a través de los ojos de los demás.

Nuestro ángulo de visión ciertamente no es el único posible.

Hay otros ángulos desde los que nos conviene aprender a mirar para no volvernos dogmáticos e intransigentes.

DIALOGAR es dejarnos atravesar por la palabra del otro.

De lo contrario, en vez de dialogar vamos a pontificar.

Cuando Jesús dijo que Él era mayor que el Templo, no estaba exagerando en absoluto.

Estaba sacando a la luz una de las semillas fundamentales de la compasión.

Estaba diciéndonos que las piedras no pueden sentir compasión ni misericordia.

Las piedras no pueden sentir nada.

Nuestros corazones de piedra, tampoco.

Necesitamos encarnación...

Necesitamos sentir...

Necesitamos a Dios...

X

La compasión no puede centrarse en las instituciones humanas, sino en el corazón.

Las instituciones y organizaciones, comprendidas las que pretenden existir como retos y desafíos a los poderosos, se basan y apoyan en la misma visión sistémica que pretenden retar.

No hay organización no gubernamental que no dependa o busque depender del estado secular.

Su contradicción no puede ser más aparente, aunque pase inadvertida a los más.

Los cambios jamás tienen su origen en los centros de poder, sino siempre y sin excepción en la periferia del sistema imperante, lo más alejados del epicentro.

Jesús procuró distanciarse de los centros de poder: Nació en Belén, se crió en Nazaret y ascendió a la gloria del Padre, de donde había venido, desde Betania.

Los verdaderos cambios han de nacer, germinar y brotar en nuestros corazones.

Como dijera Gandhi: "Seamos el cambio que queramos ver en el mundo."

Es igualmente cierto que nunca podremos ser el cambio que buscamos sin la ayuda de la comunidad de la que formemos parte.

Por eso es que el poder imperante procuró transformar las comunidades cristianas nacientes en "iglesias".

El poder imperial ofreció "templos" a los cristianos que se reunían en casas, como hoy ofrecen naves en los polígonos industriales a las comunidades evangélicas.

Cuando eran pocas, no importaban; ahora que han proliferado, hay que procurar quitarlas de la vista.

Y lo verdaderamente doloroso es que el poder imperial consiguió que las comunidades se convirtieran en iglesias y habitaran templos, y su logro perdura hasta nuestros días.

Pronto olvidaron muchos cristianos que Dios no habita en templos hechos de manos humanas.

Millones que saben que la voz "iglesia" es la transliteración del griego "ekklesia", "llamados a salir", ni les han enseñado ni se preguntan de dónde somos llamados a salir.

El "pathos" y el "ethos" de la Iglesia de Cristo radica en su salida del imperio hacia el Reino de Dios.

Cualquier otra concepción será opuesta al propósito divino.

El objetivo de Dios al crear al hombre fue construir una comunidad compasiva.

Por eso esa obra suya es conocida como la "humanidad".

Una sociedad que no responda al primordial objetivo de Dios, de ser una comunidad compasiva, sólo será esa oscura ambigüedad contradictoria que denominamos "sociedad".

Y la Iglesia terminará por ser concebida como centro de poder.

La unidad, la participación y la solidaridad siempre implicarán el rechazo de todo aquello que nos separa a los unos de los otros, de todo aquello que divide y descompone la vida.

Hemos repetido hasta la saciedad, y nos creemos en el deber de seguir haciéndolo, que Jesús de Nazaret no predicó "iglesia", sino el Reino de Dios.

Jesús entre nosotros no fue un maestro de religión, sino de espiritualidad.

Hoy millones de cristianos practicantes de religión desconocen totalmente qué es espiritualidad.

Eso nos lleva a creer que el trabajo de Jesús con aquel grupo reducido de discípulos tuvo por propósito fundamental enseñarles espiritualidad, es decir, cómo mostrar la compasión de Dios hacia todos.

De ahí que Jesús no dedicara tiempo ni esfuerzo a enseñar los dogmas a los que después tanto empeño, incluso con derramamiento de sangre y las mayores ignominias, ha venido dedicando el cristianismo organizado, vendido al poder e institucionalizado.

La compasión rehúsa conceder a la violencia el lenguaje y la acción que busca llevar a los corazones de los hombres para su destrucción y ruina.

La compasión fue la dialéctica de Jesús de Nazaret, la que le convirtió en subversivo y subyugante.

Necesariamente hubo de ser acusado y condenado como blasfemo.

Era imposible que fuera de otra manera.

También quienes siguen sus pisadas, lo fueron y lo serán.

Su "blasfemia" consistió en anunciar, poner en práctica y hacer presente a Dios, su Padre y Padre nuestro, no como el dios de los poderes religiosos y políticos, sino el Dios de los marginados, de los empobrecidos, de los explotados, de los enfermos, de los ignorados por el alto clero, de los excluidos del Templo, de los sin voz, de los que no cuentan, de los de siempre.

Jesús dejó sentado que el camino hacia Dios no pasa por el poder establecido...

Ní por el Templo, ní por los montes tenidos por sagrados...

Ní por el sacerdocio de casta, ní por la interpretación de la Santa Ley de Dios de los leguleyos de entonces y de hoy...

Ní por la estética frente a la ética, sino por los marginados y excluidos de la historia.

XI

En su última cena con sus discípulos, Jesús optó por lavar los pies a los suyos.

Les preguntó si sabían lo que les había hecho, con lo que mostró que no se había tratado simplemente de la costumbre de cortesía de la época, el lavacro de los pies a los huéspedes a la puerta de la casa anfitriona.

No les había lavado los pies nadie a la entrada del aposento donde se disponían a celebrar la cena de la Pascua.

Ninguno había querido realizar aquel gesto, pues tal cosa le convertía en siervo de los demás a los ojos de todos.

Por eso Jesús se levanta de la cena, se ciñe la toalla, pone agua en el lebrillo y comienza a lavarles los pies a todos.

El mayor sirviendo a los menores era y es algo inusual.

Aquella era labor encargada a alguna sierva de la casa.

No era labor realizada por un varón, con lo que Jesús una vez más y discretamente se identifica con la mujer.

Y por analogía, con los débiles y tenidos por inferiores.

En una sociedad en la que el patriarcado estaba tan hondamente arraigado y establecido, lavar los pies a los discípulos era una tarea que jamás hubiera realizado un Rabí.

Pero Jesús había enseñado el servicio como parte integrante y fundamental de la compasión.

Por eso no le dolieron prendas al asumir una tarea correspondiente a una sierva de la más baja condición, y mostrar de ese modo lo que creía con todo su corazón, alma y espíritu.

Estamos demasiado acostumbrados a escuchar a los dirigentes decir cosas que no creen, y que, como consecuencia, jamás ponen en práctica.

Sólo los mentecatos les creen; los avispados saben que lo que hemos de juzgar son las acciones y no las palabras.

Por eso es que la compasión, como nos enseña Jesús, no puede mostrarse por el pensamiento ni por las palabras, sino sólo por la acción.

XII

Para Jesús, la oración y la acción caminan de la mano.

Por eso es que Jesús, quien respeta la santidad del Shabbat, no duda en sanar en ese día.

Semejante manera de actuar despierta una oleada de indignación entre los religiosos presentes.

Sería una gran contradicción no sanar en el Día de Reposo, por cuanto el sentido del reposo y del verdadero sosiego en la cesación del trabajo comprende la sanación de los enfermos y los heridos.

Lo prudente hubiera sido esperar a otro día de la semana para curar a los enfermos.

Pero Jesús, con su práctica transgresora e imprudente a los ojos de los religiosos, devuelve al Sábado su verdadero sentido de reposo, sosiego, tranquilidad, descanso, alivio de las cargas propias y ajenas.

Jesús no centra la solemnidad del Shabbat en su aspecto cívico, sino en la celebración festiva.

Y por ello Jesús no sólo no quebranta el Sábado al sanar a enfermos, sino que cumple su intención más honda.

Por eso nos dice que el hombre no fue hecho para el Sábado, sino el Sábado para el hombre.

Y así nos dice Jesús que "su Padre sigue trabajando" mientras quede un hombre a quien sanar, a quien liberar, a quien hacer justicia.

Al tocar Jesús a los marginados y excluidos, los reintroduce en la dignidad de ser parte del pueblo de Dios.

Y eso es para Jesús una fiesta, una celebración insuperable.

Jesús saca sus temores mediante el amor compasivo.

Para nuestro Maestro, el pecado y la deuda también caminan de la mano.

Realmente, son para Jesús términos que pueden emplearse indistintamente.

Cuando Jesús perdona los pecados, está enseñando también el perdón de todas las deudas.

Los acomodados y enriquecidos se sienten acusados al ver a Jesús sanar a los enfermos y perdonar a los pecadores, pues sus conciencias

les recuerdan su olvido de la celebración del Jubileo según el código sacerdotal del Levítico.

Cada siete años habían de reposar las tierras, y las deudas habían de ser perdonadas.

No hay nada más opuesto a la voluntad de Dios que el esquilmar la tierra y al hombre.

Jesús muestra inequívocamente que reposo y perdón caminan juntos.

Cada siete veces siete años, la tierra había de volver a manos de sus administradores originales, por cuanto la tierra no es propiedad del hombre, sino de Dios.

De ese modo Dios había introducido un sistema de ajuste social por el cual los ricos no se enriquecerían más, ni tampoco los pobres se empobrecerían cada vez más.

Al sanar y perdonar en el Santo Día del Reposo, Jesús enseñaba que sólo es posible disfrutar del reposo cuando la paz es resultado de la justicia.

El Shabat, el Séptimo Día con que Dios coronó la Creación, es el día que sigue a los seis días de la recreación, no a seis días de opresión y explotación de los débiles.

¿Qué bien describe Abraham J. Heschel el Shabbat al llamarlo "una isla en el tiempo"!

No hace falta ser muy conocedor de las Sagradas Escrituras para percatarnos de que Jesús y el Shabbat son una misma realidad.

Limitamos el ámbito de la Encarnación del Verbo de Dios en la persona de Jesús de Nazaret.

Crísto Jesús encarna al Dios de Israel para todas las etnias, y al Israel de Dios.

Jesucrísto también encarna el Shabbat y la Pascua; y el perdón, la reconciliación, el amor y la justicia.

Por eso en Jesús hay uno que es mayor que el Templo.

Por eso quien ha visto a Jesús, ha visto al Padre.

La religión de Jesús, para la que no existe otro nombre que la compasión amorosa -es decir, una praxis, no una denominación- no pasa por la hipocresía del sistema establecido, ni por los rituales de exclusión.

De ahí que la provisión de alegría en una boda en Caná de Galilea y la limpieza del Templo figuran entre las primeras acciones en el ministerio público del Maestro.

XIII

“Shalom” es la herencia de paz del que no podía dejarnos tierras ni palacios ni la clase de tesoros que se quedan fosilizados en la tierra o convertidos en cenizas en el cementerio, con los que el mundo premia y el mundo aprecia tanto que por ellos mata.

Jesús no nos los pudo dejar porque tampoco Él ni los buscó ni los poseía.

Las zorras tuvieron y tienen sus madrigueras, y las aves de los cielos sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tuvo ni siquiera donde reposar su cabeza.

“Shalom” es la plenitud que viene a nuestro ser y todo lo empapa.

Es la melodía que llega a lo más hondo del alma del hombre.

Nace, brota y se manifiesta en una manera de vivir en paz con Dios, con nuestro vecino y con nosotros mismos.

Es la sanidad que recorre todo nuestro ser y nos mueve a vivir en paz, a dormir bien, a digerir los alimentos, a llenar nuestros ojos de

luz, nuestro labios de alabanza, y mirar por encima de todos los obstáculos.

Es la esperanza que no avergüenza, pues sabemos que Dios nuestro Señor siempre tiene preparado algo mucho mejor para sus hijos e hijas.

Y que llegará el día en que las espadas se convertirán en rejas de arado.

Es la imaginación -no nos avergüenza este término- de un nuevo mundo, un mundo venidero, al que somos invitados a penetrar ya por la fe y aportar algo en su edificación, por cuanto es de Dios y nuestro, es herencia del Padre Eterno.

De ahí que la construcción de la paz no sea sólo la característica fundamental del Evangelio de Jesucristo, sino también, y como resultado, la mayor necesidad de nuestro mundo y de la iglesia.

Pero la guerra al terrorismo no será posible, por cuanto quienes lo combaten son tan sembradores de terror como los terroristas.

La guerra no podrá poner fin al terrorismo, por cuanto la guerra es el terrorismo.

No olvidemos que terrorismo es todo lo que aterroriza.

La mentira, con su hija la hipocresía, y la guerra, son hermanas inseparables.

Sus súbditos son los hambrientos y sedientos de riquezas, los adoradores del dios Mamón.

Sus víctimas son los hambrientos y sedientos de justicia.

Sus seguidores son los adictos a la violencia.

Sus víctimas son los pacificadores dispuestos a pagar el precio de dicha construcción.

El paradigma de la alternativa de Jesucristo será siempre su oración por sus verdugos:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”

La conversión del enemigo sólo será posible mediante la respuesta no violenta a la violencia de los violentos.

Los opresores sólo serán conscientes de que lo son, cuando lleguen a contemplar el alcance del horror de su opresión.

La renovación de las mentes y de los corazones nunca pasará por los órganos legislativos.

Tampoco podemos esperar que los mercados tengan conciencia, o que las piedras posean sentimientos.

Mientras los religiosos levantan catedrales y edificios suntuosos, Jesús por medio de su Santo Espíritu transforma corazones de piedra en corazones de carne.

XIV

*“Nació en una pequeña aldea,
Hijo de una mujer de pueblo.
Pronto fue hijo de la emigración
Refugiándose en Egipto.
Fue llamado a volver a Israel
Para crecer en otra aldea
Donde trabajó como carpintero
Hasta que tuvo treinta años.
Después, y durante tres años,
Fue predicador ambulante.
Nunca escribió un solo libro.
Nunca tuvo un cargo público.
Nunca tuvo familia
Ní casa propia.
Ní estudió para rabino.
Nunca viajó lejos de su tierra,
De su lugar de nacimiento.*

*Nunca hizo ninguna cosa
De la tenidas por grandeza.
No tenía más credenciales
que su propia persona,
Con sus milagros y señales.
A los treinta y tres años
El poder se volvió en su contra,
y sus enemigos indujeron
a todos a despreciarle,
e incluso sus amigos
Le abandonaron a su suerte.
Fue entregado en las manos
De sus perseguidores
Por medio de dolorosa traición,
E hicieron de Él mofa y escarnio
en un juicio con testigos falsos.
Crucificado entre malhechores,
Preguntó a su Padre en agonía
Por qué le había abandonado.
Sus verdugos se jugaron
A los dados sus vestiduras,
La única posesión que tenía:*

*Una túnica que seguramente
Le debió tejer su madre Myriam
O quizá Mariam de Magdala,
O alguna de las mujeres
Que le sirvieron desde Galilea.
Después de morir fue sepultado
En una tumba nueva
Que le prestó un amigo.
Al tercer día de su sepultura
Resucitó glorioso y ascendió
A la gloria del Padre Eterno,
De donde había venido,
Y de donde volverá.
Han pasado veinte siglos
Y aquel desconocido ha sido
Y sigue siendo factor decisivo
Para humanizar al hombre.
Ningún ejército,
ninguna armada,
Ningún imperio,
ni monarca alguno,
Ni todos ellos juntos,*

*Han cambiado las vidas
de tantos hombres y mujeres
Como esta vida anónima
y solitaria.”*

(basado en un poema anónimo).

*Hemos sido liberados, no para dar
conferencias sobre la libertad, sino para que
vivamos en libertad y ayudemos a liberarse a
quienes están encadenados.*

*Al hablar de libertad, no puedo evitar que me
venga a la memoria este himno de Yehudá
HaLeví:*

*“Levanta hacia el tirano
la amargura de tu copa.
La hora de tu alegría sonó:
Ve a Dios renovado en su castillo;
¿No oyes el clamor jubiloso
de los ejércitos extasiados?
¡Ea, Yehudá, levántate!
¡Dispón tu fiesta!*

*La era de tu martirio ha pasado.
Ve y consuela los débiles corazones,
Fortalece las quebrantadas rodillas;
Por cuarta vez, una gran fiesta
Hará florecer tu montaña.
El pueblo caído
Se consume en tu amor,
Gime con desesperados lamentos por tí
Y anégase, voluptuoso, en el polvo de tus
ruínas.
El tirano me dijo:
Te volvió la espalda tu Dios,
Mas yo sé que el poderío de mi Salvador
Se mostrará de nuevo en sus milagros.
Y aquél que levantó su estandarte
Para sesenta mil hombres,
Reunirá a los dispersos,
Y alzará, como antaño, las ciudades.”*

*De esa libertad brotan desde el interior del
hombre esas obras que exige la moral, pero
que la moral no puede producir.*

La moral no puede dejar de ser cambiante, mientras que los estatutos de Dios son eternos y permanecen para siempre.

De esa libertad brota una nueva manera de vivir como respuesta espontánea a la Buena Noticia de sabernos amados por Dios.

Esa Buena Nueva es el Evangelio de Jesús el Cristo, el Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios.

Ni el Padre obró aniquilando a los asesinos de Jesús, ni Jesús pidió semejante acción al Padre.

A quienes sugirieron pedir que descendiera fuego del cielo para destruir a unos hombres que no estuvieron dispuestos a recibir a Jesús, el Maestro les respondió diciendo que no sabían de qué espíritu eran...

“Porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.”

Puede que no haya una muestra mayor de hasta qué punto está Dios de parte de los humanos que este silencio del Señor ante la adversidad en grado sumo, mientras colgaba del madero de la Cruz.

Por eso el Apóstol Pablo dijo que toda su gloria se centraba en la Cruz de Cristo, y que nada,

absolutamente nada le interesaba por encima de Cristo y Cristo Crucificado.

Cuando los grandes Apóstoles en la iglesia de Jerusalem le tendieron la mano en señal de compañerismo en el ministerio apostólico, sólo le encargaron a Pablo algo que no debe pasarnos inadvertido a nosotros: Que no se olvidara de los pobres.

Ese olvido ha sido y será siempre la verdadera blasfemia contra el Espíritu de Dios, del Dios y Padre de Jesucristo y de todos los hombres.

Ese olvido forma parte de nuestra vieja naturaleza carnal.

De ahí que ya en los primeros días de la vida de las comunidades cristianas fuera necesario recordar el Evangelio de la Gracia y corregir desviaciones en la conducta de los discípulos.

Estas son lecciones que nosotros tampoco podemos olvidar:

Que los empobrecidos son elegidos de Dios.

Que son bienaventurados por ser herederos del Reino venidero.

Que quienes dicen "iremos a tal ciudad, negociaremos allí y ganaremos dinero", deben tener presente que el salario no pagado a los obreros clama al cielo.

Es decir, llega a los oídos del Señor, como penetraron en los oídos del Dios Eterno aquellos clamores de los esclavos hebreos en el imperio egipcio en los días de Moisés.

Los que matan al Justo, y éste no les hace resistencia, se encontrarán un día ante el juicio de Dios en su Venida en Cristo Glorificado.

Por eso se nos dice con prístina claridad que la religión verdadera, la que no tiene mancha ni contaminación ante Dios Padre radica en atender a los excluidos e indefensos, y no dejarse contaminar por los criterios y prácticas de este mundo.

XV

Jesús nos muestra que muchas conductas moral y religiosamente correctas no sirven sino para enmascarar la autocomplacencia, la dureza extrema, la falta de solidaridad, el afán por el lucro y el poder de la dominación, y por ser vistos de los hombres, para distinguirse de los demás y para ser admirados y tenidos por excelentes.

Jesús nos ha revelado que nuestra tendencia es a tener una medida diferente cuando se trata de juzgar a los demás, a la medida que empleamos para juzgarnos a nosotros mismos:

La "paja" y la "viga", la brizna de madera y el tablón que Jesús bien conocía por su experiencia en el taller de carpintería, son dos medidas desiguales que ciegan a muchos hombres que creen estar haciendo un servicio a Dios, cuando en realidad sólo están sirviéndose a sí mismos, o fortaleciendo el sistema de explotación más opuesto a los intereses del Reino de Dios y su justicia.

La religión organizada e institucionalizada lleva siglos, muchos siglos, especializada en la técnica maquiavélica de sacar el máximo

partido de la miseria humana para beneficio de los encumbrados del sistema.

Jesús también ha sacado la miseria humana, pero para cargar con ella, para hacerla suya, hasta ser hecho pecado, aunque Él no conoció pecado.

Por eso se nos dice que el Justo dio su vida por nosotros, los injustos, para llevarnos a Dios.

Esa es la obra de "pescador" que Jesús ha hecho y sigue haciendo, en medio de traiciones y decepciones, como acontece en la vida de todo verdadero discípulo del Maestro.

Pescadores de red nos quiere el Maestro, no de caña con anzuelo y cebo para engañar.

Los pescadores que el Señor busca han de serlo de red, en la que entren toda clase de peces.

En la ceguera del corazón que sólo encuentra razones para lo que nos conviene, sin reparar en el otro, revela Jesús la raíz de esa hipocresía que tantas veces denunció en la vida de los religiosos de su momento...

De los representantes "oficiales" de Dios; los que nos gusta definir como los "decentes de toda la vida"...

Los expertos maquilladores de la ignominia y la desvergüenza.

Estas reflexiones traen a nuestra memoria aquellas palabras de Oscar Wilde, quien aseguraba que “para Jesús de Nazaret no existían leyes, sino sólo excepciones.”

Por eso Jesús nos invita a tener los ojos limpios, pues son la lámpara del cuerpo.

De lo contrario, todo nuestro interior estará en tinieblas.

Y si todo está oscuro, será muy fácil colar el mosquito y tragarse el camello.

XVI

Lo revolucionario del mensaje de Jesús el Cristo no son tanto sus palabras, casi todas tomadas del Antiguo Testamento, sino sus acciones y sus gestos que convertían esas palabras en un prisma nuevo.

Amigos y enemigos no pudieron por menos que reconocer la autoridad con que Jesús enseñaba.

Es lo que nos falta a nosotros: Acciones y gestos con autoridad.

Nos sobran muchas palabras.

Nos falta optar por los empobrecidos, sin pedir la documentación a nadie.

Nos falta optar por la no-violencia, con hambre y sed de justicia.

Precisamos de misericordia y limpieza de corazón para ver a Dios en el otro.

Y hemos de comenzar por los hambrientos, los sedientos, los desnudos, los sin techo, los enfermos, los privados de libertad y robados de dignidad.

Son muchos, pero no suelen encontrarse en la ruta que más frecuentamos.

Nos falta trabajar por la paz, aunque hayamos de sufrir persecución.

Y no será nunca posible la paz fuera de la justicia.

Recordemos que para Jesús esa persecución fue entendida y recibida como bienaventuranza, como camino de máxima dicha.

Sí estas palabras nos producen vértigo, sepamos que también lo produjeron en quienes las escucharon por primera vez, así como entre quienes las han venido leyendo en el curso de los siglos.

Y ante ese vértigo, ante esa paradoja sorprendente, Jesús sencillamente remitía a sus discípulos al poder de Dios.

Por cuanto lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.

Del mismo modo, nosotros no podemos hacer otra cosa.

Jesús desafió al sistema imperante sin recurrir a la violencia.

Los monstruos se asustan de las palomas y de las serpientes.

Y Jesús nos ha pedido que seamos cautos como las serpientes y humildes como las palomas.

Hemos, pues, de dejar un rastro tras nosotros de plumas y escamas.

Por eso Jesús no tuvo que recurrir a la violencia de la fuerza, sino a la fuerza de la Palabra del Eterno bajo la unción del Santo Espíritu de Dios.

Luchar contra las falsas imágenes de Dios fue el objetivo y propósito de Jesús en los días en que estuvo entre nosotros en esta tierra.

Borrar esas imágenes formadas por el miedo, la superstición y los intereses de la mezquindad humana, fue su meta para liberar a los hombres, sus hermanos menores.

Y semejante labor fue realizada confrontando a los dirigentes del pueblo con las realidades de su quebrantamiento de la voluntad de Dios, reemplazada y substituida por las tradiciones humanas...

Devorando las casas de las viudas, representantes de los más débiles, y por pretexto hacer oraciones largas...

Pagando el diezmo de la menta y del comino, y olvidar lo más importante de la Santa Ley de Dios: La justicia, la misericordia y la fe...

Matando a los portavoces de Dios, enviados para llevar luz al pueblo, y luego presumir de ser hijos de los profetas...

Preocupándose sobremanera por los signos religiosos externos, como en aquel contexto eran las filacterias o los mantos largos, como si Dios mirase el exterior de los hombres...

Convirtiendo la Casa del Padre en una cueva de mercaderes, de ladrones.

La conflictividad del mensaje y la praxis de Jesús de Nazaret es de lo que el cristianismo organizado ha buscado desprenderse para adaptarse al medio, al mundo, al sistema imperante, hasta producir la vinculación de la cruz y la espada, del altar y del trono.

Mayor ignominia es difícil imaginar.

Así es como el cristianismo organizado ha robado la compasión a Dios.

Y cuando a la fe se le roba la obediencia, sólo queda la fe muerta.

Cuando a la gracia de Dios se le roban los mandamientos divinos, sólo queda libertinaje.

Cuando a Dios se le roba el amor incondicional, sólo queda la satanización de la deidad.

Sin amor, Dios deja de ser Dios, para convertirse en un monstruo en cuyo nombre se puede derramar la sangre de los hombres, hijos e hijas de Dios, creados a la imagen y semejanza divina...

Un monstruo que devora a sus hijos e hijas.

Y la creencia en un dios cruel vuelve crueles a los hombres.

Sin dudarlo un ápice, ese no es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

La historia lo constata, y podemos comprobarlo en las noticias cotidianas.

Amar la misericordia y procurar hacer felices a nuestros prójimos es la tarea que Jesús nos ha encomendado.

Está dentro de las potestades dadas por Dios al hombre volver a empezar de nuevo.

De ahí se desprende nuestra necesidad de vivir en arrepentimiento.

XVII

La encarnación del Verbo de Dios fue realizada por el Santo Espíritu Divino en un varón en el vientre de una mujer, Myriam de Nazaret, latinizada "María", bienaventurada para todas las generaciones.

Varón y mujer son dos realidades inseparables.

"Misericordia" es el hebreo "rajum", de donde nos llega la voz "rajamim", es decir, "vientre femenino", "entrañas de mujer".

Pero Jesús ha sido interpretado desde una perspectiva radicalmente androcéntrica y patriarcal.

El error ha sido craso sobremanera.

Y lo triste es que pretenden seguir presentándonoslo así hasta el día de hoy.

De ahí que desde María de Magdala hasta miles de hermanas en la historia de la cristiandad, la mujer haya sido ignorada, silenciada e invisibilizada por la iglesia institucional, la cual sigue amordazándola.

El caso de Mariam, María de Magdala, que es como más la conocemos, es realmente

sangrante, presentada en muchos círculos cristianos como una prostituta, sin que haya un solo texto bíblico que pueda respaldar semejante patraña.

Tan borrada ha estado desde muy temprano, que el propio Apóstol Pablo, queremos creer que se equivoca o ignora los hechos, cuando dice que "Jesús fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras, y que apareció a Cefas, y después a los doce"; y de esa manera silencia que a quien Jesús resucitado primeramente apareció fue a María Magdalena, a quien encargó fuera a comunicárselo a los otros discípulos.

La mujer sirve para engendrar al Mesías Sufriente, para darle a luz, para criarlo, para acompañarlo hasta el pie de la Cruz del Calvario...

Pero sigue habiendo círculos cristianos donde se le niega presidir la mesa de acción de gracias, proclamar la Palabra de Dios y dirigir a la comunidad de los creyentes.

Millares de mujeres de nuestra historia han sido, y en algunas latitudes siguen siendo, clavadas en la cruz del dolor, de la marginación, de la explotación, de la carencia, del sufrimiento, de la impotencia, de la ignominia.

Por eso urge contemplar de nuevo el rostro de Jesús de Nazaret desde las sensibilidades de la mujer para percatarnos de los rasgos auténticamente femeninos de este varón de dolores, experimentado en quebranto, paradigma de la historia de la mujer.

Entre las bendiciones hebreas de la época de Jesús en carne, hay una que reza así:

“¡Gracias, oh Dios, por no haberme hecho mujer!”

Jesús nunca la hizo suya, sino que se desenvolvió con María, su madre...

Con la mujer samaritana sin nombre...

La primera persona a quien Jesús reveló ser el Mesías Sufriente...

Con Marta y María, hermanas de Lázaro, sus amigos...

Con María Magdalena, a quien tanto le costó renunciar a Jesús como esposo, para ser su Señor en un orden superior...

Con la mujer que padecía de continuo flujo de sangre...

Con la sirofenicia que se atrevió a discutir con Él...

Con las mujeres que le acompañaron y le sirvieron con sus bienes, sus discípulas ignoradas por el cristianismo organizado.

Jesús conoció muy de cerca el mundo de las mujeres, descubrió sus sentimientos, se identificó con ellas, y no se avergonzó de ello.

El Mesías esperado desde la óptica androcéntrica, tanto si fuera caudillo libertador, como si fuera eminentemente sacerdotal y místico, habría de mantenerse alejado de las mujeres para conservarse puro y digno.

Sin embargo, Jesús interactuó y se mezcló con las mujeres que le siguieron entre la muchedumbre...

Fueron sus discípulas amadas en gran número...

Escucharon sus palabras, se beneficiaron de sus actos milagrosos...

Estuvieron entre sus íntimos, le acompañaron en su camino por campos, ciudades y aldeas...

Hicieron con Él su camino hasta la Cruz del Calvario y le prepararon para el sepulcro, ungiéndole todavía en vida con perfume de nardo puro.

Y junto a Jesús recuperaron la dignidad que les había robado el imperio.

No sólo el de Roma, sino también el "imperio" del Templo de Jerusalem, del alto clero, de los sacerdotes, de los escribas, fariseos, herodianos y toda la cohorte constituida por

el poder político y religioso absolutamente en manos de varones, como sería después en la Iglesia institucionalizada.

Jesús, quien pide que vengan a Él todos los trabajados y cargados, acoge a la mujer que padece la hemorragia en permanente menstruación, lo que le convierte en sumamente débil, ritualmente impura y marginada de la sociedad.

Jesús le otorga una inmediata curación poniéndose en lugar de ella.

Sólo podemos ser instrumentos de sanidad poniéndonos en el lugar del enfermo.

Sólo podemos ser misericordiosos aproximándonos a quienes nos necesitan.

Es imposible servir desde arriba; hay que meterse en el barro donde nacen las azucenas si queremos ayudar a quienes las recogen.

La confesión de fe de aquella mujer no es de naturaleza doctrinal, sino de confianza liberadora.

A la única mujer merecedora de ser condenada según la Ley, Jesús no sólo no la condena, sino que le otorga la libertad del perdón, diciéndole que se vaya y no peque más.

Jesús muestra rasgos femeninos, mal que les pese a los machistas encubiertos o

descubiertos, quienes llevan largos siglos tratando de andronizar los textos evangélicos para ocultar los sentimientos del Salvador.

Su sensibilidad, que no su debilidad, le mueve a sentir misericordia, entrañas femeninas, ante la multitud hambrienta, ante la tumba de un amigo, ante los niños que se le acercan buscando una caricia.

¿No será que una caricia es todo lo que los humanos buscamos en nuestra vida?

Aquel Verbo fue hecho carne, sangre, lágrimas, angustias, caricia.

Fue hecho tan varón como mujer, es decir, humano.

“Cristo, te amo,

No porque hayas descendido

De una estrella,

Sino porque me enseñaste

Que el hombre está hecho de sangre,

Lágrimas, angustia...”

León Felipe.

XVIII

Pasó entre nosotros inadvertido para el gran mundo de los grandes hombres.

Pasó ante nosotros como una obra de arte, como una pieza maestra en harapos, atrayéndonos a su presencia, a su compañía...

Pasó enamorándonos, cautivándonos y transformándonos.

Y derramó y derrama su Espíritu para que sigamos experimentando esa relación con Él.

Si somos cristianos, seguidores de Cristo, no necesariamente del llamado "cristianismo", será por haber sido seducidos por el Pobre de Galilea.

Lo vivido y lo dicho por Jesús de Nazaret entra en el ámbito de la vida del verdadero artista, sin ninguna relación con los clérigos y los teólogos...

A millones de años-luz de los concilios y las intrigas palaciegas de la religión establecida e institucionalizada, de entonces, de hoy, de siempre.

Jesús es angustia en la tranquilidad del huerto-jardín, su "Edén", en el que llega a sudar grandes gotas de sangre...

Angustia por el sistema religioso convertido en un fin en sí mismo, alejado de las cuítas de los hombres...

Por el falso amigo que le traiciona y vende...

Por el discípulo que le niega en el momento más duro...

Por los otros discípulos que le abandonan en el momento de la verdad...

Por la tensión de la cena de la Pascua en la que Él es el cordero a la mesa y las manos que lavan los pies de los suyos...

Por la crucifixión que le espera ante los ojos de su madre y de las mujeres que siempre le fueron fieles, con el joven discípulo amado...

Son quienes quedan a los pies de la Cruz, sin vergüenza ni temor, mientras los varones se ocultan en las sombras.

Los más indefensos y vulnerables son quienes no le abandonan.

Urge recuperar los gestos de Jesús el Cristo, frecuentemente más elocuentes que sus propias palabras.

Quizá por eso hayan sido los artistas y los poetas quienes han sabido penetrar en Él con mayor hondura que los teólogos.

*“Jesús, hijo de la noche
siendo autor del día,
lanzado a la penuria,
al drama de la emigración
de quienes por destino
sufren dolor y lágrimas;
sólo tú puedes allanar
los corazones del poder,
del patriarcalismo,
del androcentrismo,
de las marginaciones
y las luchas fratricidas.*

*Pobres, marginados,
Extranjeros empobrecidos,
Mujeres despreciadas,
Enfermos y excluidos,
Fueron tus amigos,
Los que la institución*

*Rechaza por no amar;
Sólo tú puedes cambiar
Nuestra mirada
Para hacerla tuya
Y así poder descubrir
La grandeza del humano
En su pequeñez y miseria.*

*Sólo tú nos puedes dar suelo
Para nuestra solidaridad
Ante la indefensión,
La explotación y el dolor.
Sólo tú puede gestar
Una nueva humanidad.
Por eso te escuchamos,
Te seguimos y amamos,
Por no buscar la grandeza,
Sino al hombre, a la mujer,
Al niño, al hermano,
Empezando por el último,
Desde lo oculto y a la luz,
Y siempre,*

*Siempre tú,
Sólo tú,
Jesús.”*

XIX

El camino de Jesús, que debía terminar en la muerte, no concluye sino culmina en la vida, en la vida de Dios, que es su vida en conjugación con la vida humana.

Jesús sufre porque asume su misión, la encargada por su Padre y Padre nuestro que está en los Cielos.

Jesús santifica el Nombre de Dios...

Anuncia la cercanía del Reino cuya llegada anhela y anhelamos...

Hace la voluntad del Eterno en esta tierra, su comida y su bebida...

Se entrega a nosotros como pan vivo que desciende de lo Alto...

Perdona nuestras deudas para que nosotros perdonemos las deudas de nuestros hermanos...

No nos mete en tentación, sino que nos aparta del mal...

Proclama la pertenencia del Reino Eterno sólo al Padre, a quien le corresponden el poder y la gloria por toda la eternidad...

Y nos asegura que si perdonamos a los hombres con el perdón que de Dios hemos recibido, seremos perdonados también por nuestro Padre Celestial, por cuanto la misericordia triunfará sobre el juicio...

Pero si el perdón recibido por pura gracia no lo empleamos en perdonar a nuestros ofensores, ese perdón quedará inservible...

Será como sal hollada por los hombres, que cuando pierde su sabor, ya no sirve para nada.

Todos los conflictos en la vida de Jesús surgieron en su enfrentamiento pacífico con los poderes económicos, políticos y religiosos.

Aquella fue la fuente de todos sus sufrimientos, al igual que ha acontecido en la vida de todos cuantos han optado por seguir las huellas del Maestro.

Jesús sufre el dolor de los marginados, excluidos, empobrecidos, enfermos, debilitados, privados de libertad y de dignidad.

Y quien quiera ver a Jesucristo, sólo va a tener que ver el dolor humano y hacer algo al respecto: Dejarse mover a misericordia, como el samaritano, tenido por hereje por los religiosos judíos, quien se acerca al malherido en la cuneta y le atiende.

Pero Jesús también se goza sobremanera con sus amigos, con sus discípulos, con el pueblo sencillo y llano, con los niños, con los extranjeros que se acercan al Dios de Israel para todos los pueblos y naciones, llegando a sorprenderle por su fe.

Eso, y sobre todo su comunión con su Padre y Padre nuestro, le compensa de todos los sufrimientos, soledad, agotamiento, amenazas, peligros, enfrentamientos, decepciones, la traición, la infidelidad y la incomprensión.

Jesús, en tanto hombre como nosotros, precisa aprender la compasión encarnada, el camino duro de los humanos...

Un camino que Jesús asume por el gozo puesto delante de Él, lo que le hace menospreciar el oprobio...

Un dolor que le acerca a sus hermanos...

Una encarnación que no es una teoría reducible a doctrina sobre el papel.

Jesús transpirará un sudor grueso y rojo oscuro como la sangre de muchos prisioneros y maltratados en el mundo de entonces y de hoy.

Jesús funde el amor y la angustia, la luz y la oscuridad, el cielo y la tierra, el espíritu y la carne.

Jesús, siempre Jesús.

XX

¿Cómo se realiza la libertad gloriosa de los hijos e hijas de Dios?

Sólo hay una respuesta: Se realiza en amor.

No en aislamiento, sino en la convivencia con otros, particularmente en el servicio a los otros, comenzando por los más débiles, por los injusticiados, marginados, explotados, ignorados, empobrecidos y vilipendiados.

Teniendo siempre presentes a los que no tienen voz.

Sí en las parábolas de Jesús aparecen las figuras de banquetes y deudas, no es sino como reflejo de aquella sociedad y la nuestra.

Banquetes y deudas podría formar el paradigma de nuestro mundo que agoniza.

Las deudas se extienden entre los muchos, mientras banquetean los pocos.

La libertad a la que nos ha llamado Jesucristo pasa necesariamente por la crucifixión de los deseos y los apegos que nos ciegan y ensordecen.

De lo contrario nos será imposible dejar que obre el amor.

Y es que la libertad de Jesús de Nazaret fue y es su poder.

Por eso sorprendía a todos el poder de Jesús en sus gestos, en sus acciones y en sus palabras.

Jesús muestra que la bondad de Dios le vuelve débil y piedra de tropiezo para quienes pretenden ser dominadores de sus hermanos.

Sólo dos veces encomia Jesús la fe del hombre, y en ambas ocasiones son refiriéndose a dos paganos, un centurión romano y una mujer sírofenicia.

Eso indigna a quienes se consideran poseedores de un mejor pedigrí.

En el banquete del Reino de Dios, los protagonistas son los que nunca habían asistido a una de las comilonas de los potentados saduceos y los romanos imperialistas.

Y las deudas son perdonadas, excepto a quienes no perdonen por su parte a sus deudores.

Esto representa una fuerte sacudida, un auténtico zarandeo, para quienes fundamentan su status y poder sobre los débiles.

XXI

En los días de Jesús en la carne, el Imperio Romano ya estaba bastante degenerado, y había comenzado su lenta agonía.

Lo mismo podemos apreciar en el imperio actual, si es que tenemos ojos para ver más allá de los titulares de los periódicos y los noticiarios televisivos.

En Roma reinaba el caos, la violencia, la miseria de las masas, las intrigas políticas, las luchas encarnizadas por el poder, y una serie de césares desequilibrados y dementes, cuya corrupción era compartida por los tenidos por grandes patricios, eran quienes detentaban el poder.

Un gran contingente de esclavos trabajan en el campo y en la incipiente industria del aceite, mientras un pequeño grupo de familias acomodadas vivían en la opulencia y la degeneración.

En las provincias, y en la tierra de Israel, llamada por los romanos "Siria Palestina", aumentaban los impuestos desmedidamente.

Por el Norte y por el Este surgían pueblos llamados "bárbaros" que amenazaban al Imperio Romano.

Para el observador parece no ser un panorama muy diferente al que se nos presenta hoy.

Juan el Bautista les había pedido a los hebreos que volvieran al camino de la rectitud, la santidad y la justicia.

Es decir, les había pedido que se arrepintieran, que se dieran la vuelta.

Era una manera de confrontarles con la realidad de que sus reyes y gobernadores no eran nada más que tiranos y explotadores, y sus sacerdotes eran unos hipócritas, y que ellos, como pueblo, vivían en pecado.

Juan les pedía que se arrepintieran y bajarán a las aguas del bautismo, simbolizando un sepelio de una vida vana para salir de las aguas simbolizando un nacimiento a una vida nueva.

Aquella sociedad judía, con sus reyes, frecuentemente habían expulsado a los profetas enviados por el Señor, como Juan.

Incluso habían asesinado a muchos de ellos.

Esa misma sería la suerte del profeta Yohanan, Juan el Bautista.

Y en ese contexto nos encontramos con Jesús de Nazaret.

Le vemos a la orilla del Mar de Galilea, y en las montañas, y en las sinagogas en el Séptimo Día, el Shabat o Día de Reposo.

En las primeras filas de las sinagogas se sentaban los ricos y acomodados mercaderes, a su lado aquellos que seguían meticulosamente todas las prescripciones legales y participaban en todas las ceremonias tradicionales.

Más allá, muy lejos, estaban ubicados los pobres de la tierra, sencillos pescadores, mendigos, ciegos, cojos, mancos, lisiados y miserables.

Cuando Jesús abría sus labios, todos quedaban sorprendidos, ya que escuchaban algo muy diferente a lo que estaban acostumbrados.

Jesús reprendía a quienes ocupaban los sítiales preferenciales, mientras los enfermos, lisiados, cojos, ciegos, mancos y todos los empobrecidos contemplaban y escuchaban a Jesús, sin desviar un ápice su atención.

Las palabras de Jesús llenaban sus corazones de una nueva esperanza.

Emanaba de Jesús una fuerza desconocida para todos.

Por eso fueron tras Él, a la orilla del mar, al Lago, a la montaña, por los campos, a las ciudades y aldeas.

Jesús decía a todos: "Arrepentíos, porque el Reino de los Cielos está cerca."

Y en cada lugar, acudían los empobrecidos y marginados, los desheredados, los lisiados, enfermos, paralíticos, poseídos...

Todos los que sufrían y eran despreciados o ignorados por los demás.

Y Jesús les explicaba que el Reino de Dios estaba en ellos mismos...

Que un día el mundo como era, desaparecería, y sería transformado en otro, constituido por justicia, paz y gozo en el Santo Espíritu de Dios.

Jesús no les complicaba la vida con normas y más normas, sino que simplemente les daba un nuevo mandamiento, que se amaran los unos a los otros...

Que en eso serían conocidos como discípulos suyos.

Incluso los más sencillos y menos letrados podían comprenderle, por cuanto Jesús no les hablaba en términos teológicos o filosóficos.

Jesús les hablaba del mar, de la pesca, de las redes, de los sembrados, de la simiente, de las

cosechas, del sol, de las piedras, de las flores del campo, de las aves, de las ovejas, de los pastores...

Las palabras de Jesús no eran términos secos, sino voces con timbre y color.

Sus palabras no transpiraban papel y tinta, sino luz y paisaje.

Por eso Jesús no buscaba a quienes estaba llenos de letras, saturados de conceptos, sino a los hambrientos de la Palabra de Dios y del pan de cada día.

Al oír a Jesús, no dudaban en dejar las redes, las herramientas de trabajo, incluso la mesa del cobro de los impuestos para seguirle.

Así comenzó Jesús a construir los cimientos del Reino de Dios entre los hombres...

Sin espada ni ejército.

Sin tronos ni palacios.

Sin subvenciones estatales.

Sin reconocimientos oficiales.

Sólo con obediencia al Padre y la unción del Espíritu.

XXII

Vinieron los pastores con leche, mantequilla y requesón...

Vinieron los pescadores con peces...

Vinieron los campesinos con pan...

Vinieron las mujeres con el servicio de sus bienes desde Galilea...

Vinieron los pobres con su pobreza...

Vinieron los enfermos y abatidos con sus enfermedades y dolencias...

Vinieron los tullidos con sus impedimentos...

Vinieron los poseídos con sus malos espíritus...

Todos se acercaron a Jesús, con lo que tenían o sus carencias.

La pequeña compañía siguió adelante anunciando la cercanía del Reino de Dios y su justicia.

Jesús les instruyó y capacitó para la tarea, ordenándoles que echaran fuera demonios, sanaran a los enfermos y resucitasen a los muertos.

Así fueron de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, de casa en casa, llevando la Buena Nueva de la cercanía del Reino de Dios.

Y todos los que padecían de carencias -de cariño, perdón, salud, comida, libertad- fueron llenos...

Los que sufrían fueron consolados...

Los enfermos fueron sanados...

Los entristecidos fueron alegrados...

Los hambrientos y sedientos fueron saciados.

Jesús nunca rechazó a los enfermos que se le acercaron para ser sanados...

Ní a los ignorantes que se acercaron para ser instruidos...

Ní a quienes sufrían de guerra en su interior para ser pacificados.

Ní a quienes precisaban la palabra del perdón.

Sólo se mantuvo en silencio y al margen de aquellos que le exigieron milagros o señales.

Tampoco recibieron nada quienes procuraron confundirle tendiéndole trampas.

El odio y la envidia les llevó a procurar y lograr su crucifixión.

Para Roma, Jesús no podía ser Rey de los Judíos, pues sólo el César podía serlo.

Para el clero de Israel, Jesús no podía ser "Hijo de Dios", pues eso suponía hacerse igual a Dios.

Pero Jesús entregaba su vida en rescate por las nuestras sometidas al pecado.

Jesús ocupaba tu lugar y el mío en la Cruz del Calvario.

Sin embargo, la muerte no pudo retenerle, y fue resucitado de entre los muertos para nuestra justificación.

El mismo Espíritu Santo que sembró la simiente del Verbo en el vientre de María de Nazaret, le devolvía a la vida imperecedera desde el vientre de la tierra.

Cuarenta días estuvo Jesús apareciéndoseles a los discípulos antes de ascender a la gloria del Padre, de donde había venido.

Les mandó que no se fueran de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre, es decir, ser bautizados con el Espíritu Santo antes de acometer su labor evangelizadora.

Y ellos esperaron.

XXIII

Cuando llegó el Día de Pentecostés, se cumplió la Promesa del Padre, conforme Jesús les había anunciado.

El Santo Espíritu Consolador fue derramado sobre los discípulos y discípulas que esperaban en el Aposento Alto de Jerusalem, en obediencia a las instrucciones de Jesús.

Todos fueron llenos del Santo Consolador, y comenzaron a alabar y bendecir al Señor en las lenguas de los que se habían congregado para la celebración de Pentecostés, en recuerdo de la entrega de la Santa Ley de Dios a Moisés en el Monte Sinaí.

Ahora la Santa Ley de Dios era grabada en sus corazones por el fuego del Espíritu Santo.

Después vendrían los dogmáticos, los fanáticos, los filósofos, los pedantes, toda la cohorte de los parásitos vendidos al poder dominante.

Trataron de construir un complicado sistema de teorías basadas en palabras simples y naturales, cambiándolas y substituyéndolas por una terminología abstracta y desconocida para el pueblo llano.

Un dogma siguió a otro dogma, pero la invasión de la filosofía de los griegos en la tierna iglesia de Cristo nunca pudo destruir la fuerza eterna y vital de las palabras de Jesús de Nazaret.

Llegaron incluso a llevar a las hogueras a sus hermanos que entendían algunas cosas de distinta manera, o que se atrevieron a cambiar una coma o un punto de lugar en sus dogmas promulgados con la soberbia de pretender que fueran Palabra de Dios.

De los tiempos medievales se cuenta una leyenda hermosa que no puedo por menos que compartir contigo, paciente lector:

“Se encendían hogueras en muchas ciudades de España para quemar vivos a muchos hombres y mujeres en el Nombre del Hijo de Dios y bajo el signo de la Cruz.

Ante semejante ignominia, el propio Señor Jesucristo bajó en forma de persona física a la tierra, y se presentó en la Plaza de Zocodover, de Toledo, y preguntó:

“¿Qué hacéis?”

Le respondieron: “Quemamos a los herejes en nombre de la Santa Iglesia Católica y Apostólica, y en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.”

Jesús preguntó: “¿Y quién os ha ordenado hacer tal cosa?”

“Nuestro Señor, el Inquisidor Jefe, en nombre de la Santa Madre Iglesia”, respondió aquel hombre.

Entonces Jesús se presentó ante el Gran Inquisidor, y le preguntó en nombre de quién hacía aquellas cosas terribles.

“En nombre de Nuestro Señor Jesucristo debemos destruir a todos cuantos pueden poner en peligro nuestras enseñanzas”, respondió el Gran Inquisidor.

Jesús le contestó: “Yo soy Jesús, y os traje amor; os dije que debíais amar a vuestro prójimo, y perdonaros los pecados y las ofensas...”

Yo os traje alegría a los corazones, pero vosotros habéis cambiado el mundo convirtiéndolo en una casa de lágrimas y tristeza...

Yo traje vida, y vosotros habéis traído muerte...

Ordena que se apaguen todas esas hogueras...”

El Gran Inquisidor respondió: “Estás en lo correcto, pero tu ideal es sólo eso, un ideal...”

Nuestra Santa Madre Iglesia es una iglesia militante y podremos conquistar a toda la

humanidad sólo librando batallas y a través de la fuerza...

Lo siento, Señor, pero no puedo obedecerte."

Jesús le dijo: "Entonces iré al pueblo y les diré a todos que no quiero que condenes y asesines a nadie en mi Nombre..."

Que mi deseo es que sepan que el amor no es odio, y que la vida no es muerte."

Entonces el Gran Inquisidor se puso en pie y le díjola Señor:

"Si le dices eso al pueblo, serás declarado enemigo de la Iglesia, y me veré obligado a prenderte y hacerte quemar, porque eres peligroso."

Jesús se desapareció de su vista, comenzó a caer una fuerte lluvia y todas las hogueras se apagaron."

Sólo es una leyenda, pero nos hace entender una gran tragedia: La eterna tragedia del hombre, que sigue tan vigente hoy como ayer:

Las palabras de amor han sido cambiadas por palabras de odio...

La vida se ha cambiado por muerte...

Y las sencillas y dinámicas enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo han sido destruidas por los dogmatismos rígidos y la fe tendenciosa.

Se ha escapado la brisa suave del Santo Espíritu Consolador.

Jesús puede ser un extraño en muchos círculos cristianos.

No obstante, Él sigue llamando a la puerta de los corazones, porque ese es su oficio.

XXIV

Urge volver al sendero del Hijo del Hombre.

Su senda es la única en que seremos transformados en hijos de hombre, en hermanos menores de Jesús de Nazaret.

Así seremos convertidos en hijos del nuevo mandamiento que los abarca y engloba a todos los demás:

Amar a nuestro Señor con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas, y con toda nuestra mente, y amar a nuestro prójimo como nos amamos nosotros mismos.

Ese es el mandamiento por excelencia, del que depende toda la Santa Ley de Dios y las enseñanzas de los Profetas:

Amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado.

Este es el amor con el que nuestro Señor nos ha amado a nosotros y nos ama, desde antes de la fundación del mundo.

De modo que si nosotros le amamos a Él, es porque Él nos ha amado primero.

No es el amor condicional y condicionado de los humanos, sino el amor de Dios que crea nuevos valores y transforma el reino de los hombres en Reino de Dios.

Sólo ese amor, fruto del Espíritu Santo, don de Dios y alegría de los hombres, capacita para el cumplimiento de las enseñanzas de Jesús de Nazaret.

Y el resultado, el fruto de todo, es la paz que el mundo no puede dar.

Urge volver a la simplicidad y la pureza de las enseñanzas de Jesús.

Urge volver al camino, y dejar atrás las viejas tradiciones muertas que compiten con las nuevas, y que producen una desorientación cada día más generalizada...

Una desorientación generalizada que descubre el sonoro fracaso de los presentes métodos y el derrumbamiento estrepitoso de muchas instituciones que tenían la reputación de ser algo positivo e incluso imprescindible para muchos.

Es constatable que muchas enseñanzas y prácticas del cristianismo organizado de nuestros días están absolutamente contrapuestas a las enseñanzas de la vida de Jesús de Nazaret en su pureza y sencillez originales.

Urge volver al Jesús auténtico, el del Evangelio, puro y sencillo, sin doblez, como su túnica, para dejar atrás al falso, representado por doctrinas filosóficas disfrazadas de teológicas...

Doctrinas fraguadas por las organizaciones e instituciones multinacionales religiosas, donde los fines se vuelven medios, y los medios se convierten en fines.

XXV

El amor de Dios que Jesús revela es ante todo misericordioso.

La misericordia tiene su origen en la miseria del corazón.

No puede ser misericordioso quien cree que sólo su corazón está libre de miserias.

Crear tal cosa endurece el corazón hasta convertirlo en piedra.

Ser misericordioso es perdonar y evitar albergar pensamientos, sentimientos, actitudes y acciones negativas como respuesta a nuestros propios pensamientos, sentimientos, actitudes y acciones negativas.

Con frecuencia podemos ser inmisericordes y sangrientamente duros para con nosotros mismos, y, como consecuencia, también para con los demás.

Esa inarmonía produce mucho daño y dolor que deteriora nuestra alma, llegando a convertirse en un auténtico veneno para todo nuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, hasta producir la muerte por la toxicidad de nuestro propio vivir.

La falta de misericordia no sólo nos afecta a nosotros, sino también a aquellos para quienes no la tenemos.

Aunque la ciencia no lo haya descubierto y explicado, todos los sabios de la antigüedad sabían que el movimiento molecular de nuestra mente provoca resonancias en el movimiento molecular de las células cerebrales de los otros.

Un día se descubrirá que la inmisericordia hacia nosotros mismos y hacia los demás, genera deterioros glandulares, distorsiones del sistema nervioso, confusión de las emociones y toda una larga cadena de contiendas, disputas, calumnias, ofensas y malos pensamientos...

Todo el negativismo que impide la felicidad de los humanos.

Un día se descubrirá que todos los seres humanos estamos conectados por sutiles líneas espirituales.

Al fin y al cabo, hay una sola familia humana en esta tierra.

Sí somos misericordiosos recibiremos misericordia.

En esto, como en todo, segaremos lo que hayamos sembrado, indefectiblemente y siempre.

Sí eso no acontece aquí y ahora, será en la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo para trasladarnos al mundo venidero.

No existe una intoxicación más dañina que la inmisericordia.

Genera deterioro de la mente, de nuestros sentimientos y de nuestro cuerpo físico, ya que la actividad glandular de nuestro organismo físico responde a la armonía o la inarmonía de nuestro sistema nervioso.

El precio que se paga por la falta de misericordia es altísimo.

Nuestro pasado y nuestro presente lo muestran inequívocamente.

Cuando no somos misericordiosos vivimos en un mundo de negaciones, en un proceso de retroceso.

La falta de misericordia nos hace perder la misericordia incluso hacia nosotros mismos.

Ese hábito de ver todas las cosas desde la inmisericordia nos condiciona a vivir dentro de la atmósfera de nuestras propias cualidades negativas, realimentándonos con nuestros propios errores y desviaciones.

Eso genera complejos psicológicos que nos conducen a criticarnos subconscientemente, y por ende a vivir en continua crítica de los demás.

La inmisericordia nos vuelve esclavos de nosotros mismos, de nuestros propios pensamientos negativos, lo que nos encadena a nuestros errores pasados.

Por eso nuestro Señor nos asegura que si somos misericordiosos con los otros, nosotros recibiremos toda la misericordia que sembramos.

La falta de práctica de la misericordia nos distancia del Reino de Dios.

No lo vemos, no lo sentimos, no lo barruntamos siquiera.

Por eso es que no debemos atacar violentamente al mal, sino fortalecer el bien, la bondad y la misericordia.

Cuando fortalecemos lo bueno y lo noble, lo malo se extingue y disipa por sí mismo.

Y tal cosa acontece del mismo modo que las sombras retroceden y huyen ante la presencia de la luz, y el frío se disuelve ante la fuente de calor.

La ley de la misericordia revelada por nuestro Señor Jesucristo es la fuente de la terapia divina, la sanidad espiritual por excelencia.

Nos amamos al amar, nos perdonamos al perdonar, nos beneficiamos al convertirnos en benefactores.

XXVI

Miramos, pero no siempre somos capaces de ver.

Jesús primeramente veía a la multitud, y la veía como ovejas sin pastor, desorientados y confusos.

Necesitamos aprender de Jesús a mirar y ver.

A Jesús no le pasan inadvertidos los hombres, sus hermanos menores.

Jesús sube a la montaña, no para ver a la multitud, sino que sube porque la ve.

La montaña es símbolo de altura, de elevación.

Y una vez en lo alto, Jesús abre su boca y enseña.

Los teólogos han querido ver en "abrir la boca" y "enseñar" una mera redundancia.

En su pedantería nos han dicho que se trata de una expresión pleonástica, es decir, una que emplea palabras innecesarias, redundantes o ilógicas, pues nadie puede decir nada a menos que abra su boca, y nadie puede enseñar algo sin decir algo al respecto.

Sin embargo, Jesús enseña con su simple presencia, con sus gestos, con su actitud, con su mirada.

“Abrir la boca” es dar paso a la Palabra, y la Palabra de Jesús es poder, energía, vibración cósmica.

Nos ha dicho que las palabras que nos ha hablado son Espíritu y Vida.

Por eso Jesús usa la Palabra para poner en movimiento el cuerpo emocional de sus discípulos...

Para activar todos sus sentimientos, como si se tratara de un campo magnético alrededor de un polo magnético.

Sus dos poderosos instrumentos son el pensamiento y la voz.

Sin ellos no puede completarse la enseñanza.

Y la clave para entender a Jesús radica en su primera bienaventuranza.

Todas las demás van a depender de ésta:

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos”.

Éstos no son los de muy limitado pensamiento, sino los que lloran porque serán consolados...

Los que viven en mansedumbre, los que renuncian a la violencia, porque recibirán la tierra por heredad...

Los hambrientos y sedientos de justicia, porque ellos serán saciados...

Los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia...

Los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

Los constructores de la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios...

Los que padecen persecución por causa de la justicia del Reino de Dios, porque ese Reino les pertenece...

Bienaventurados, es decir, sumamente felices y dichosos, aunque sean vituperados y perseguidos, y se levanten contra ellos falsos testimonios...

Bienaventurados por tener un gran galardón esperando en los Cielos...

Bienaventurados por ser partícipes del maltrato recibido por los verdaderos profetas de todos los tiempos.

Somos los dueños de nuestras posesiones, sean pocas o muchas, pero, sin embargo, todo lo superfluo llega a dominar a los hombres y convertirnos en esclavos de tales posesiones.

Paradójicamente, somos poseídos por ellas.

Por eso Jesús resalta la sencillez como ley espiritual inevitable.

Los ricos lo son por haberse enriquecido, lo que implica que otros han sido empobrecidos.

Las posesiones que les poseen son las causantes de su imposibilidad para ver el Reino de Dios, y mucho menos para acceder a él.

Lo superfluo, lo innecesario, y el peso en la conciencia al constatar que aquello pondría fin a las carencias y miserias de muchos, no les permite ser pobres en espíritu.

Luego vendrán los teólogos vendidos al poder dominante para explicar que al referirse a los pobres en espíritu, Jesús está describiendo al discípulo que reconoce en su corazón que no tiene recursos espirituales ni méritos propios para presentarse ante Dios.

Y aunque eso puede ser cierto en determinado contexto, es triste que se emplee para ocultar un sentido mucho más cercano a la realidad inmediata de la vida del hombre.

También es cierto que muchos no pueden ver y menos acceder al Reino de Dios por causa de sus pesadas cargas intelectuales y dogmáticas que les agobian y llevan a agobiar a los demás.

Jesús no enseña que sean estrictamente las riquezas las que impidan ver y acceder al Reino de Dios a los enriquecidos, sino porque éstas ocupan sus pensamientos, sus sentimientos, sus energías, su tiempo, y ocultan a sus ojos las necesidades de sus hermanos...

Los "Lázaros" que pueden estar a nuestras puertas sin que jamás reparemos en ellos.

El Apóstol Pablo ilustró esa actitud con el adjetivo "altivez":

"A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos.

Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos, atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna."

No podemos ser bienaventurados si arrastramos las pesadísimas cargas de las tradiciones sociales, religiosas y costumbristas que pudieron ser adecuadas en su momento, pero que se han convertido en anacronismos obsoletos...

En pesados obstáculos que impiden el desarrollo personal y la extensión del Reino de Dios...

Porque podemos haber convertido muy fácilmente tradiciones de hombres en Mandamientos de Dios.

Urge desprenderse del peso muerto, del lastre, de lo superfluo, del equipaje moral e intelectual que nos agobia tanto personal como colectivamente.

Es urgente lavarnos el rostro con agua limpia para que se vaya el maquillaje.

Esa es la esencia del mensaje de Jesús de Nazaret, especialmente a los religiosos.

La pobreza espiritual es el carácter receptivo del arrepentimiento genuino.

Es lo más opuesto al orgullo espiritual, la más sutil de las manifestaciones del orgullo del corazón del hombre.

XXVII

En la praxis de la misericordia nos acercamos al Jesús de los Evangelios anunciando, o mejor comunicando, el Reino de Dios, no una o muchas iglesias institucionales...

Compartiendo mesa y sentimientos con los excluidos de aquella sociedad...

Acogiendo a los necesitados de sanidad y cariño...

Llamando a gentes sencillas a seguirle, o mejor a caminar con Él.

Pero no hubo por menos que entrar en conflicto con la teología oficial...

Con el Templo y el alto clero centrado en el culto y olvidado de los empobrecidos, como hoy.

Jesús se atrevió incluso a echar por tierra todo el lucrativo montaje de mercadería en la que siempre debería haber sido sólo, única y exclusivamente "Casa de Oración" para todos los pueblos, y no una cueva de ladrones.

Y cuando se acercaba el final de su tiempo entre nosotros, Jesús apostó por la esperanza del mundo venidero, no con un largo

décurso, sino con una comida fraternal con los suyos, sin excluir ni siquiera al traidor, al que llamó "amigo" hasta el último momento.

En ella compartió el pan, emblema de la necesidad humana, y una copa con el fruto de la vid, figura de la alegría compartida.

Pan y vino contra el hambre y la tristeza.

Mesa de solidaridad frente a los altares de la religión institucionalizada.

Frente a los signos de muerte y exclusión de la religión organizada, Jesús dejó los emblemas del pan y del fruto de la vid como resumen de la vida en el Reino venidero.

Y como apoteosis final se manifestará la gloria de Dios revelada en Jesucristo.

Recordemos siempre que la santidad no es el camino para justificarnos delante de Dios, sino el camino de obediencia por amor del que ha sido justificado por la sola gracia misericordiosa de Dios.

La santidad es don, regalo, fruto, nunca mérito.

Nuestras obras de justicia jamás serán el fundamento de nuestra salvación, sino que hemos sido salvados por la gracia y la misericordia divinas para poder andar por esas obras buenas que Dios ha puesto delante de nosotros para que por ellas avancemos.

Sólo Dios es Santo, sin que su santidad derive de ninguna otra fuente.

¡Sea para Dios nuestro Señor toda la gloria, la honra y la alabanza por toda la eternidad!

J.Y.